

No, Cortázar, lo más probable es que, cuando se juzgue históricamente la literatura de esta época, se advierta justamente nuestra ruptura con el «arte por el arte». Para no hablar de que quienes hemos vivido desde dentro este proceso argentino estamos en mejores condiciones que usted de crear una literatura de testimonio.

Y algo más. Usted me dice: «En cuanto a que considere exagerada mi afirmación de que salir de la Argentina me sería más difícil que entrar, lamento que hayas pasado por alto la fecha en que se publicó esa afirmación, a fines del 78...». Y me explica, desde París, lo que ocurría entonces en la Argentina. Lamento que usted haya pasado por alto, Cortázar, que a fines del 78 yo estaba en la Argentina. Me privo de conmovirlo contándole por qué mi situación era menos confortable de lo que podría haber sido la suya acá. No importa demasiado. Esa incomfortabilidad es la que la mayoría de nosotros eligió. Muchos estamos para la resistencia. Otros ya vendrán para los festejos.

El Ornitorrinco, n.º 10, octubre-noviembre 1981

Liliana Heker



La década vacía

Introducción

«**J**amás fuimos tan libres como bajo la ocupación alemana». Estas palabras de Sartre, con las que comienza *La República del Silencio*, no sólo expresaban en los años setenta la paradoja existencial de la libertad, sino que nos ayudaron a vivir bajo la dictadura militar argentina. Sentíamos, al repetir las, que la resistencia también era posible en nuestro país, ya que lo había sido en Francia durante el más criminal y oprobioso régimen de la historia contemporánea; sentíamos que si otros hombres habían sobrevivido a un ejército invasor, también nosotros podíamos sobrevivir a la ocupación de nuestro propio ejército. Cada gesto de libertad, por mínimo que fuera, cada acto de disconformidad con lo que estaba ocurriendo, era un modo de certificarnos que la dignidad humana estaba de nuestro lado. No eran necesarias actitudes desmesuradas o heroicas. Cualquier cosa podía ser la libertad. Desde desfilar los jueves con las madres de Plaza de Mayo a negarse a mostrarle los documentos en la calle a un policía, desde mencionar el nombre de Haroldo Conti en una conferencia a salir a caminar de noche, solos, por un barrio apartado de Buenos Aires, desde fundar una revista casi secreta a visitar en la cárcel a un amigo detenido, cualquier transgresión a ese orden perverso que se autodenominó «proceso» podía llegar a ser un gesto donde se ponía en acto una idea total de la vida. Insisto, no se trataba de grandes rebeliones, por otra parte imposibles, ni de conductas espectacularmente nobles o ejemplares; se trataba sencillamente de ir viviendo, cada día, como si el poder ya no pudiera tocarnos, convencidos, un poco paranoicamente tal vez, de que el mal era más transitorio que nosotros.

Hubo, por supuesto, rebeldías en las que se ponía en juego algo más que la libertad de conciencia. La de las madres de Plaza de Mayo fue una de ellas. La del Teatro Abierto, otra. Hubo manifestaciones obreras que, como la de 1982, reclamaron a gritos la abolición de la dictadura y obligaron a los militares a apelar a la visita conciliatoria del Papa o a invadir las Malvinas. Pero sobre todo hubo la vida cotidiana, en la que un acto tan ínfimo como entrar en un cine para ver *Queimada* u oír la marcha peronista cantada en un estadio del Mundial, podían hacernos sentir que no éramos los últimos de los hombres.

Los textos que Félix Grande me ha pedido que publique, dan, quizá, mínima cuenta de que vivir en la Argentina durante esos años no era necesariamente autocondenarse a la vergüenza o al silencio. Hubo, por otra parte, muchos escritores y poetas que hicieron lo mismo. Recuerdo los primeros números de *Posta de Arte y Literatura*, editada en 1977 por Manuel Amigo y Jorge Breca; recuerdo *Nova-Arte*, de Enrique Záttara; *Ulyses*, de Horacio Tarcus; *Contexto*, dirigida por Ariel Bignami. Recuerdo los artículos políticos escritos en *Punto de Vista* por Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano. Recuerdo aquel inolvidable texto de María Elena Walsh, «Argentina, País-Jardín de Infantes», publicado en *Clarín*. O el de Marco Denevi: «Argentina, país del silencio». Recuerdo, sobre todo, a un periodista cordobés que vino a entrevistarme hacia 1978 y que no censuró una sola de mis palabras: él y toda su sección perdieron el puesto, mientras yo seguía en mi casa de Buenos Aires, escribiendo una novela, en paz conmigo mismo.

En cuanto a estos artículos, los escribí para la revista *El Ornitorrinco*, que fundamos en 1977 con Liliana Hecker, Sylvia Iparraguirre, Cristina Piña, Irene Gruss, Daniel Freidemberg, Enrique Záttara, Bernardo Jobson. Si publicarlos entrañaba algún riesgo, era un riesgo compartido por todos, y ni siquiera estoy seguro de que quiéramos darnos cuenta.

Editorial

Y de pronto, sin saber muy bien cómo, los argentinos hemos empezado a pensar cierta palabra. Hasta ayer sólo la pronunciábamos. Algunos con ironía, algunos con

incredulidad, como al pasar: como una especie de conjuro. Otros no, otros, desde el principio, la articularon en serio. Todo comenzó como un vago juego algo macabro, una inocente perversidad de gente que sabe que ciertas cosas siempre ocurren a otros, o en países remotos, u ocurrieron aquí pero hace mucho, en ese territorio de fantasmas al que llamamos historia. Se la nombraba, a veces, sin pensar en su significado, pero su significado iba lentamente abriéndose paso en los diarios y en la televisión entre otros miles de palabras sobre el mundial de fútbol o la muerte de un Papa, luchando en nuestra conciencia con los delicados disparates de Borges sobre la inepticia verbal de Lorca. Y de pronto se instaló entre nosotros, plena de náusea, como una de esas garrapatas que viven meses y meses adheridas a un animal y se hinchan hasta reventar. Guerra. Ahí está, y ahora, siendo escritores deberíamos ser muy hábiles para fingir que este asunto no concierne al ejercicio de las letras. Hay que comprometerse, como decíamos ayer. Hay que escribir que tanto en Chile como en la Argentina existen quienes están materializando, con hechos, lo que hasta ayer fue una palabra.

La cuestión hay que plantearla así, y sin retórica. Nuestro país y Chile sometieron al arbitrio de Inglaterra un trozo de territorio y de mar en litigio. Los abogados de la corona británica decidieron que el territorio en discusión, y también el que no estaba en discusión, es chileno. Chile se atiene al fallo. La Argentina lo rechaza por su tono insultante y por no limitarse a lo litigado. Los dos países tienen razón. ¿Cómo? ¿Puede ser que dos tesis contrarias sean válidas? Por supuesto que puede ser. Válidas o erróneas, da lo mismo: puede ser. Kant, hace 200 años, lo probó en otro terreno más trascendental, el de Dios. Y qué pasa entonces cuando dos países creen de buena fe tener razón. Aparecen los valores. El honor argentino, el honor chileno; la soberanía argentina, la soberanía chilena; nuestro coraje indomable, el de ellos. ¿Existe, dibujada en las estrellas, la Tabla que mida estos valores? Supongamos que el presidente de Chile dijera: «Yo, siendo argentino, habría aceptado con honor un fallo adverso». Ya se ve: si se lo acepta, honor; honor si no se lo acepta. Pero sobre todo, ¿quién garantiza que como chileno hubiese aceptado un fallo adverso para su territorio, siendo, ese fallo, la consecuencia del acto de un gobierno al que, por sus ideas, derrocó militarmente

te? No hace falta pensar en la mala fe del general Pinochet, ni adjudicarle al entero pueblo chileno no sé qué designios imperialistas: hace falta ser francos. Chile tampoco habría aceptado hoy una decisión desfavorable. ¿Por qué? Porque ellos, como nosotros, y cada cual según su juicio, sentirían menoscabados su honor, su soberanía, su buena fe.

¿Solución?: matarnos.

Porque en toda historia se habla mucho de soberanía, de integridad territorial, de honor; se susurra (y en algunos casos se grita) la palabra demencial. Guerra. Lo que no se dice, lo que ni nosotros ni ellos decimos, es que la guerra significa matarse. La guerra son miles de muchachos de 18 ó 20 años, matándose; miles que después ya no son muchachos sino hombres de cualquier edad, y finalmente niños, y mujeres, y hasta animales. Sí, porque alguien, acá o en Chile, ¿va a decir de una buena vez esto? Alguien va a decir que un país, ¿su «soberanía territorial», no es meramente piedra y tierra y agua, una napa mineral, una cosa? Un país son sus mujeres y sus hombres y sus plantas y sus perros. Un país es todo lo que vive sobre su tierra y todo lo que naturalmente muere en ella. Y la guerra mata con la estupidez ciega de la peste o los tifones, peor, porque es un cataclismo organizado. Hace un tiempo hubo un terremoto en Chile; enviamos viveres, mantas, medicamentos. Hubo un terremoto en San Juan; hombres chilenos salvaron vidas argentinas y ayudaron a apuntalar de nuevo las vigas de las casas. ¡Cómo! Ahora, ¿qué cambió?

Nada cambió.

Estos hombres y aquellos somos la misma gente de carne y huesos. Si mañana mismo un terremoto diezmará aquel país o el nuestro, volarían aviones con frazadas y penicilina y leche, y haríamos patéticos discursos oficiales y nos sentiríamos cristianos. Como no habrá terremoto, pertrechémonos para asesinar o que nos asesinen, cada cosa en su lugar. Eso es la guerra, la lógica de los imbéciles.

¿Qué solución podemos dar los intelectuales, suponiendo que el mero hecho de escribir no nos haga sospechosos de cobardía o deshonra? No sé. Yo no soy los intelectuales sino uno solo, hablo por mí, y no tengo soluciones. En cuanto al miedo a la guerra, me gustaría tenerlo (más bien es repulsión, si he de ser franco) y poder inculcárselo a todos mis compatriotas, sobre todo a cier-

tos héroes verbales que por su condición, senilidad o ineptitud mental, arden de coraje cuando quienes marchan a hacerse matar son otros.

Espero que nadie me acuse de minar la moral de nuestros ejércitos. Confieso que también me gustaría desmoralizar a los valerosos cruzados chilenos. Porque una cosa sé. Las islas y el mar no serán ni más ni menos nuestros por más que matemos o nos maten. Si asesinar gente diera la razón, la tierra estaría quieta en medio del sistema solar, o Caín, bien mirado, no habría hecho más que demostrar un teorema.

Octubre/noviembre 1978

Los derechos de la inteligencia o el huevo dorado

Sin la algarabía festiva y polémica de aquellos áureos años 60, quizá con demasiado esfuerzo para sobrevivir, siguen saliendo revistas literarias. Y así, casi furtivamente, con cinco números en vez de los seis previstos, *El Ornitorrinco* ha cumplido su primer aniversario. ¿Vale la pena replantear el sentido que tiene hoy empeñarse en publicar una revista de literatura? Hace una década, cuestionar el oficio de escribir, declarar con estruendo la inutilidad de la poesía, la ineficacia de la ficción, la muerte del teatro, era la pose de todo semiescritor que, sin mucho desgaste mental, quería ubicarse a la vanguardia de algo. Pero, como ocurre con todo en este mundo, los cuestionamientos también se historizan. Si hace diez años esa actitud era un eco de la polémica desencadenada por Sartre, en París, con su mal comprendido «ante un niño que se muere de hambre *La náusea* no tiene peso», y si para muchos intelectuales argentinos sólo significaba una nueva moda, una astuta manera de enrolarse en dos frentes sin estar realmente en ninguno, hoy las cosas han cambiado. La historia nos borró toda posibilidad de jugar a las modas. Ya no solemos pensar en Francia, por no decir que ni hay tiempo. No necesitamos importar conflictos. Nuestros conflictos literarios se han vuelto nacionales. O mejor, hay uno solo, que hoy no se plantea pero que ahora sí acosa a los escritores argentinos. ¿Sirve de algo, en nuestro país, escribir libros, sacar revistas de literatura? No hablamos de aquellos literatos flotan-